



POR MANUEL BALLESTEROS-GAIBROIS  
Catedrático de la Universidad Central.



El infante don Enrique, llamado *el Navegante*, era el capitán, desde tierra, de las huestes marineras de Portugal. Rodeado de cartógrafos y de sabios, cerca del pinar de Leyre, donde se cortaban los leños que servían para los astilleros de donde salían los barcos de las expediciones atlánticas, dirigía —mapa en mano— el avance hacia el Sur de los navegantes portugueses, por medio de las ondas del inescrutado Atlántico. Esto sucedía en Portugal en la primera mitad del siglo xv.

Porque los portugueses tenían un capitán, una escuela náutica y unos astilleros bien provistos,

sus gestas marítimas fueron acompañadas por el éxito y sancionadas por esa aureola póstuma que llamamos *fama*. Tuvieron por resultado los esfuerzos del *Navegante* el abrir la ruta de las grandes navegaciones atlánticas, porque obedecían a un plan, y el que se hable por siempre de los nautas portugueses. Pero la Historia ha sido injusta y los historiadores un poco miopes.

\* \* \*

Así como al pasar una frontera política nos extraña que el campo siga siendo el mismo y que las gentes, aunque hablen idioma diferente, sean iguales en tantas cosas, debería asom-